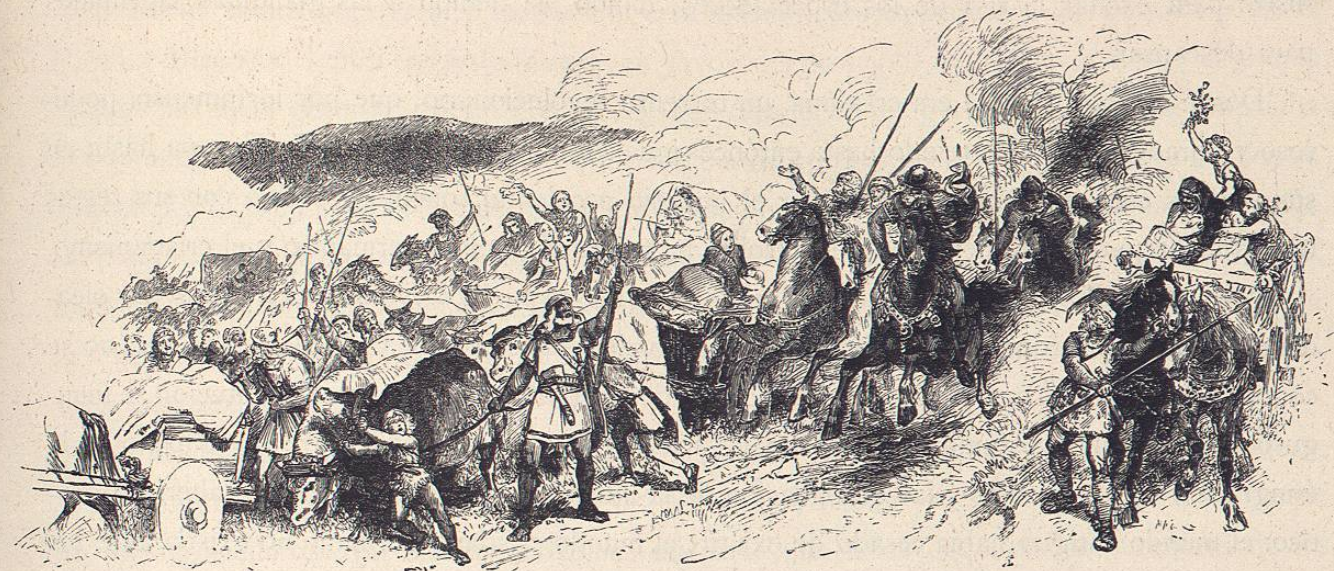


han llegado á nosotros, describese de qué modo la walkura Brunequilda se da muerte para reunirse despues de esta vida con su novio, Sigurdo, y cómo, ya moribunda, ordena la construcción de la pira comun, indicando cómo se ha de adornar: ocho criados y cinco criadas debian acompañar á Brunequilda y morir en la hoguera. Este sacrificio sólo se haria con la intencion de que el héroe y la heroína no careciesen de servidumbre en el otro mundo.

En el canto de *Beowulf* se describe del modo siguiente el orden de los funerales, al quemar al anciano rey. «Los héroes de Geatland construyeron rápidamente un edificio sólido para servirle de castillo de fuego; guarneciéronle de yelmos, brillantes escudos y arneses, segun el difunto lo habia mandado; y los afligidos héroes colocaron en el centro al ilustre rey, su querido señor.» Como contraste con estos pomposos funerales, dignos de un soberano del dominio de la fábula, podemos citar otros que datan de los tiempos históricos y son por demás singulares. Jordanis en su *Crónica de los godos*, refiere que los guerreros de Alarico, al morir este poderoso jefe y rey, desviaron la corriente del rio Busento, abrieron en el cauce una profunda huesa, colocaron en ella al muerto con su corcel, sus armas y alhajas, y despues de cubrir la tumba, hicieron pasar de nuevo las aguas sobre ella. Los germanos habitantes de las costas acostumbraban á dar sepultura de otro modo, tan singular como poético, segun vemos en el canto de *Beowulf*, y tambien en la *Edda*, que lo indica en su descripción de los funerales de Baldur. Llevaban al muerto, adornado con todas sus armas, á bordo de un «Dragon de mar;» sentábanle apoyado de espaldas contra el palo mayor; colocaban en torno suyo todos los objetos de su pertenencia que más habia querido en vida; despues izaban las velas y prendian fuego al buque, abandonándole al capricho de las olas. De este modo el héroe, montado en un corcel que respiraba fuego, se dirigia á la Walhalla de Wodan.



LA EMIGRACION

## EDAD MEDIA

### I

#### ÉPOCA DE LA EMIGRACION DE LOS PUEBLOS



la historia puede considerársela como una serie de revoluciones y reacciones; como la oleada del espíritu humano, que en su desarrollo avanza y retrocede eternamente sin reposar jamás; á su impetuoso progreso opónese la inercia, amortiguando y refrenando su impulso, y en este dique se rompe la ola, que de otro modo avanzaría tempestuosa hasta lo infinito, sofocando bajo su espuma toda la vida. Cuando retrocede, sin embargo, deja ya un espacio abierto para arrojar en él nuevas semillas de civilización, para crear otros imperios del pensamiento, para introducir nuevas formaciones de estado, para establecer nuevas clasificaciones en la sociedad. Podemos deplorar que estos movimientos progresivos y retrógrados se efectúen tan violentamente, y acompañados siempre de convulsiones que arrancan á la humanidad torrentes de lágrimas y de sangre; pero debemos aceptarlos como una ley inmutable é inflexible de la naturaleza. La historia universal no se presenta como un risueño idilio, sino como una tragedia muy triste, aunque es verdad que á fin de que no sean tan terribles sus cuadros, se mezclan á menudo con entremeses cómicos, en los cuales aparece el héroe con un bufon por compañero, encargado de poner en movimiento ciertos músculos del

rostro para excitar la risa de los espectadores, dando así tiempo á las glándulas lagrimales para descansar.

Desde el siglo iv de la era cristiana, un torrente revolucionario, que por lo inmenso, poderoso y duradero no había tenido hasta entónces igual en el mundo, trastornó la Europa hasta en sus últimos cimientos, hizo desaparecer el imperio occidental romano y cubrió con sus restos una gran parte del continente, erigiendo sobre las ruinas el imperio germánico y el cristianismo.

Este cataclismo inmenso se llamó la emigración de los pueblos. Durante dos siglos, sus oleadas furiosas avanzaron y retrocedieron; y esta corriente destructora y creadora á la vez, no se contuvo del todo sino con la constitución política de Cárlo-Magno. Con esta constitución se inauguró la época que acostumbramos á llamar Edad Media: lo que media entre el principio de la emigración de los pueblos y la consolidación de la monarquía carlovíngia, es un laberinto caótico: el mundo antiguo había cesado de existir; el mundo cristiano germano no existía aún; los que conozcan la corrupción que corroía hasta el corazón todo aquel mundo, no se maravillarán de que sucumbiera tan miserablemente ante el ataque impetuoso de los «bárbaros,» como los romanos, enervados ya, y los griegos, más enervados aún, dieron en llamar á nuestros antepasados. El nuevo incremento del cristianismo no había sido bastante para contener la horrible descomposición; muy léjos de ello, debió contribuir á acelerarla: la dieta más rigurosa no puede salvar ya al gloton moribundo. A la destrucción del Olimpo, siguió lógicamente la caída del Capitolio; la nueva religión exigía nuevos hombres, y el ideal cristiano quiso formar del germanismo el cuerpo con que pudiera presentarse en el gran escenario de la historia. La sociedad antigua, sin embargo, no murió de repente; acercábase poco á poco á su tumba, y esto le dió tiempo para inculcar su cultura, á la vez que sus vicios, á la Germania, que forzosamente se había erigido en su heredera. La religión cristiana, después de pasar por la corrupción de los griegos y romanos, desfigurada ya por los sacerdotes, y que doquiera se presentaba producía toda clase de milagros, poco edificantes para los «bárbaros rubios», sirvió de intermediaria para esa inculcación. En nuestros antepasados del período de la emigración de los pueblos y del que siguió inmediatamente después, apenas encontramos algunas de las virtudes que pintaba Tácito como propias de ellos; conservaban, sí, el valor y la energía, pero con harta frecuencia predominaban la lujuria romana y la falsedad bizantina, que, unidas al rudo vigor propio de las selvas, formaban el conjunto más repugnante.

La avalancha de pueblos que cayó sobre el imperio romano no se puso en movimiento de una sola vez: por escasas que sean las noticias que tenemos sobre los sucesos acaecidos en Germania durante los siglos segundo y tercero, debe suponerse, no obstante, que la existencia de las tribus alemanas en aquel entónces sumamente azarosa, sufría grandes cambios. Es evidente también que predominaba el deseo de reunir las fuerzas dispersas del pueblo en grandes federaciones de elementos congénicos, pero la idea de formar una nación compacta parecía del todo perdida en aquella época, por más que hubiese existido antes: oíase hablar de tribus y confederaciones germánicas, mas no de un pueblo germánico. La constitución política y social del estado germánico primitivo, por otra parte, se había debilitado ó alterado, ó acaso disuelto del todo; la antigua constitución de comunidades era demasiado limitada, atendida la necesidad de extensión que llevaban consigo las guerras. Las antiguas repúblicas feudales habíanse transformado por con-

siguiente en reinos guerreros, y también el cristianismo, propagándose á los germanos desde Roma y Bizancio, influía poderosamente en favor del principio monárquico. Entre el duque elegido por esos germanos gentiles y el rey hereditario de los germanos cristianos, mediaba una gran distancia, pero la política teocrática sabía acortarla considerablemente; los grados se indican por la preponderancia que tenían en Germania los títulos romanos de monarcas y señores (*rex, dux, comes*), durante la emigración de los pueblos; pero sólo al gran rey de los francos, Cárlos, le fué dado establecer del todo la monarquía en el estado germánico, es decir, transmitir al príncipe la soberanía, el poder supremo de la comunidad de los libres reunida en el *landes-thing* (asamblea nacional).

Ya en el siglo tercero, y más aún en el siguiente, á duras penas podía Roma oponerse al progreso de los germanos; las riendas del poder se hallaban ya con frecuencia en manos de los jefes germánicos que servían á Roma; mientras que á los degenerados sucesores de los Césares no les quedaba sino el nombre. No había medio de impedir la concentración y organización, cada vez más amenazadoras, de las huestes emigrantes germanas en las fronteras de los imperios romanos occidental y oriental. A orillas de la parte superior del Rin, entre los Vosgos, los Alpes y el Lech, habíase establecido la gran confederación de los alemanes, amenazando á la vez la Galia é Italia; en la región de la Alemania del Norte, situada entre el Elba y el bajo Rin, entre el Harz y el mar del Norte, llena de pantanos, habitaban los sajones, que aborreciendo tanto la monarquía como el cristianismo, conservábanse fieles á los antiguos dioses. Entre el Harz y el Danubio, la Selva de Bohemia y el Saale, residían los turingios; el país situado á orillas del Rin central, al rededor de Worms, estaba ocupado por los borgoñones ó burgundiones; más hácia el Norte, en las orillas del bajo Rin, del Mosa y del Waal, hallábanse los francos, que divididos en catts, bructeros, sicambros y bátavos, constituían un pueblo de marcado tipo característico; en las costas del mar del Norte y en las islas limítrofes vivía la tribu de los frisones. Sin embargo, entre todas las confederaciones y tribus, grandes y pequeñas, los que más se distinguían eran los godos. Según sus tradiciones, escritas por Jordanis, este pueblo habitaba primitivamente en Escandinavia (Skanz); pero cruzando el Báltico había llegado á la región situada al rededor de las bocas del Vístula; desde aquí avanzó hácia el Sur, pasando por el gran país de los sármatas, cubierto de bosques y estepas, recorrió el Danubio, el Theiss, el Borístenes (Dnieper), y llegó por fin al mar Negro. El terror que inspiraban las armas godas había cundido hasta el Bósforo, el Asia Menor y la Grecia. El pueblo se dividía en ostrogodos y visigodos; en estos últimos la dignidad real correspondía á la casa de los amalos (amalungen), y en los otros á la de los baltos, considerándose ambas de origen divino, según la creencia de sus compatriotas. Algunas tribus congénicas, más ó menos sometidas á los godos, estaban aliadas con estos, contándose entre ellas los hérulos, rugios, gépidos y vándalos; y más al este del dominio de los godos, hasta el Cáucaso, los alanos, nómadas que representaban un término medio entre los germanos y eslavos.

No sólo se distinguían los godos por el valor, sino también por su disposición para instruirse; eran muy aficionados á los cánticos, y entre ellos circulaban las tradiciones, como lo prueban los recuerdos de epopeyas godas en la obra de Jordanis. La tribu de los godos ha sido además, no el principio, pero sí largo tiempo, la más poderosa y fiel introductora de la



ULFILA TRADUCE LA BIBLIA

civilización cristiano-germánica. A lo largo del Rin, y en la parte superior y media del Danubio, habíase enseñado ya la doctrina cristiana á los pueblos germanos, desde el siglo II, y según la leyenda, unos discípulos de los apóstoles fueron los que la predicaron en aquellas regiones; pero en ninguna parte la conversión de nuestros antepasados á la nueva fe dejó un vestigio tan venerable por su antigüedad y tan glorioso como entre los godos, para los cuales creó un monumento más duradero que el bronce y la piedra: la traducción de la Biblia por el misionero y obispo Ulfila. Este santo varón, oriundo de Capadocia, había vivido entre los visigodos de la Dacia, á orillas del bajo Danubio, y después de cumplir con su misión como obispo entre aquellos cristianos arrianos, desde el año 348, quebrantado por sus penalidades y amargas decepciones murió en 388 en Constantinopla. Era un hombre tan venerado por su pueblo como lo fué antes Moisés por los hijos de Israel, y aún hoy día es muy respetada su memoria por cuantos hablan la lengua alemana, pues le reconocen como creador de la escritura germánica. Tomando por base los caracteres griegos, pero ateniéndose además á los signos germánicos, Ulfila creó un alfabeto godo, escribiendo después el primer libro germano, su Biblia goda, de la que el magnífico *Códice de plata* de Upsala, sobre todo, nos ha transmitido unos fragmentos de inapreciable valor. Sólo con el uso de la lengua escrita puede comenzar la verdadera civilización de un pueblo; y por eso la Biblia goda de Ulfila señala esta época de la cultura germánica. Para aquellos hombres lució un nuevo porvenir el día en que el Moisés de los godos se sentó en su celda, situada quizás á la sombra de una encina consagrada á Wodan ó á Donar



EMIGRACION DE LOS GERMANOS